

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco — *A la Virgen María*, poesia, por doña Elisa Galan y Navarro. — *¡Adios á Valencia!* (conclusion), por Mariano Ponz. — *El Velo blanco*, (continuacion), por Mme. de Boisgontier. — *Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco. — *Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego doce del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XVIII.

HONORIA Á CLARA.

C.... junio de 18...

La hora de mi justificacion ha sido la de su desgracia, mi pobre niña: ojalá que yo hubiera seguido siendo culpable á sus ojos, y que su corazon no hubiera recibido la atroz herida que una mano aleve le ha hecho!

¡Y yo he amado, educado, acariciado á esa infame criatura! y yo la defendia de las acusaciones de todos! y yo compadeecía sus sueños y los delirios de su vanidad!

Veo que la voluntad de Dios es que tenga usted una enemiga mortal en Valentina, un azote terrible: las pueriles rivalidades de las dos niñas han llegado á convertirse en el odio mortal de la mujer: en un odio alimentado por las dos pasiones mas violentas que conozco: por la envidia; por los celos.

¡Sí! Valentina está á la vez celosa y envidiosa de V.: le envidia todo lo que posee: todas las ventajas que sobre ella le ha concedido el cielo:

le envidia su esclarecido nombre, su ilustre familia, hasta su bello y noble natural: porque los envidiosos deplora todas las ventajas, y no son capaces de adquirir ninguna: le envidia á usted, sobre todo, su marido: y como ademas ama á Camilo con esa pasion ciega é insensata propia de su carácter irreflexivo y dominante, está celosa de V.

La envidia es, pues, Clara, la que agita en torno de V. sus negras alas: y los celos son los que centellean delante de sus ojos su llama voraz y abrasadora: los que confunden estas dos pasiones, por cierto andan muy desacordados: nada tienen de comun entre sí: los celos los inspira el amor: la envidia es el disgusto de ver obtener ó poseer á los otros alguna ventaja: pero Valentina ha hecho una odiosa union de la envidia y los celos, tratándose de V.

¡Qué cruel y calculada carta le ha escrito! ah! jamás se la perdonaré!

¡Pero qué digo? qué otra cosa merece esa desgraciada que perdon y olvido? ¡qué triste carrera la suya! abandonando desde sus primeros pasos el sitio que Dios le habia designado, ni una hora de calma y de felicidad ha disfrutado en la edad risueña, en la que todo es alegría, ventura é ilusiones! las suyas han caido abrasadas por la llama de su ambicion. Y nada, nada puede sacar frutos de esas flores secas al nacer.

¡Cuánto mas dichosa hubiera sido viviendo

en su aldea y al lado de sus honrados padres! Allí hubiera podido elegir esposo y ser amada verdadera y profundamente, que es la sola felicidad positiva de la tierra: vedla aquí, en un mundo que no es el suyo, estraviada y errante, llena el alma de sed de afectos como el pobre viajero que se pierde en medio de los desiertos de la Arabia, y teme sofocarse con los arenales que se levantan en torno suyo! ¿Dónde están la clara fuente, el verde bosque, el vallecito esmaltado de flores de la tierra natal? ¿Qué se han hecho los cantos de los pajaritos, el baido de las ovejas, y la vaquita blanca que venia á lamerle la mano? ¿Dónde el gran mastin, que le servia de almohada por las siestas y que era su amigo mas fiel?

¡Ah! todo lo perdió el incauto al salir de los sitios donde nació, para ir en busca de un soñado tesoro! ¡ya no vé las blancas cabezas de sus padres, ni las sonrisas de sus hermanos! ¿y el tesoro dónde está? solo existió en los sueños delirantes de su ambicion.

Esa es la imagen del destino de Valentina: dia llegará en que deplora el mal que le ha hecho á V., mi noble Clara, y el que se hace á sí misma.

En cuanto á V., su valor no debe decaer ahora ni por un momento: no la quiero engañar: es cierto el amor de Camilo á Mérida: su afan de buscarme, que hizo nacer en su alma las crueles sospechas hácia mí, no tenia otro objeto que el hablarme de ella como así lo hacia en sus largos coloquios conmigo: yo ví brotar ese amor en su pecho antes que él, y con un terror profundo, porque no hay amor mas invencible que el que nace contra la voluntad del que lo siente: ¡sí, Clara! ¡ama, y ama por la primera vez de su vida!

Pero ya está dicho todo el mal: ahora, Clara, tenga V. valor para combatirlo: en V. sola consiste, y de V. será todo el premio de la victoria.

El rayo solo hiere la alta torre, ó el árbol mas corpulento: jamás descende al nido, ni á la humilde caña.

Preciso es que V. procure atraer á su marido, no por la fuerza, con el enojo ó las injurias. Camilo se reiria compasivamente de semejantes medios: no hay que olvidar que es un hombre superior; que no le alucina un capricho pasajero, sino que le subyuga una pasion terrible: que no es culpable, sino solamente desgraciado,

y que, por lo mismo, es forzoso emplear con él recursos nobles y delicados.

Escríbale V. con dulzura y cariño, echando de menos su compañía, y diciéndole la verdad: que está V. enferma y triste, sin él: no oculte V. nunca por cólera lo que sufre: ocúltele por dignidad y noble orgullo: pero en esta ocasion, como en todas las que pueda, diga la verdad.

Camilo merece además toda clase de consideraciones: pudiendo seguir á Mérida á la ciudad, se ha quedado en la aldea: ¿no es esto una prueba de que desea curarse? ¿y no es justo que usted le alargue la mano? Amiga mia, el matrimonio es un convenio comun en el que el esposo debe poner la energía, el valor, la fuerza de voluntad para vencer todos los obstáculos de la vida, y la esposa la dulzura, el cariño y los consuelos: no deje V. nunca penetrar en él el auxilio de un tercero: que nadie se interponga entre V. y su marido y así la de V. será la única influencia que reine en su ánimo.

¿Qué diré de Mérida, de nuestra Mérida? Clara, ni por un instante he supuesto que V. abrigue rencor contra ese ángel de dulzura, de virtud y de talento: no sé si ella sabrá lo que pasa en el alma de Camilo: solo sé que no hay nadie que llene mejor y mas de corazon todos sus deberes que ella: ¡qué tacto el suyo para embellecer cuanto le rodea! ¡qué linda casita ha dispuesto! ¡qué dichoso se halla Juan Bautista al lado de su esposa!

A la verdad, la vista de esta jóven pareja bastaria para reconciliar á cualquiera con el amor y con el matrimonio! Mérida va educando insensiblemente á su marido quien, si la igualaba en bondad é inteligencia, le era muy inferior en modales: por ejemplo, presentándose ella á su marido bien vestida y en traje propio de la hora, ha corregido el desaliño de Bautista que, como en todos los hombres de gran talento, con raras escepciones, era bastante grande: le ha inspirado el gusto á lo bello, hablándole de pintura y música, usando con él un lenguaje culto y elevado, con ese tinte de poesia que ella sabe usar: por la noche, en tanto que él estudia, ella borda ó lee á su lado: como ya empieza el gran calor, ahora pensamos salir, al caer la tarde, á dar una vuelta por la hermosa campiña que rodea á la ciudad.

Clara, repito mi ruego: escriba V. á Camilo y pronto, lo mas pronto que pueda; el hom-

bre, y, sobre todo, el esposo, gusta de verse considerado y halagado en su amor propio.

HONORIA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

A LA VIRGEN MARIA (1).

Salve, reina inmortal, divina aurora.
Bálsamo celestial, del mar estrella,
Entre Dios y los hombres mediadora,
Rosa de Jericó cándida y bella.
Descienda hasta la tímida cantora
De vuestra santa luz una centella
Para espresar en dulce melodía
Vuestra suma bondad, Virgen María.

Vos sois mi bien, mi anhelo, mis amores,
La luz fulgente de mi oscura vida:
Vos mitigais del alma los dolores
Dando felicidad desconocida.
De mi tranquila infancia en los albores
A amaros aprendí, Madre querida,
Y en vuestra santa proteccion confio.
Que inunda de placer el pecho mio.

En vos halla consuelo el afligido:
Benévola su súplica escuchando,
Al pobre pecador arrepentido
Una mansion feliz le vais mostrando:
Y todos los que á vos han acudido,
Su corazon doliente presentando,
Miran en vuestros ojos celestiales
Un remedio eficaz para sus males.

¡Con qué interés, oh, dulce Madre mia,
Llevais á vuestro hijo nuestro llanto!
Estremeciendo el cielo de alegría
Los astros eclipsais con vuestro encanto:
Los ángeles, con plácida armonia,
Elevan hasta vos un himno santo,
Y os cantan los alados querubinee
Y abrasados de amor los serafines.

(1) Esta composicion, así como otra que publicamos en el número 6 de este año, con el título de *La ciega feliz*, son debidas á la inspiracion de una señorita, privada, en efecto, de la vista, desde pocos dias despues de nacer: en extremo modesta, jamas ha pensado en presentar sus versos al público, si nosotros no los hubiéramos dado á conocer, seguros de que nuestros lectores admirarán, á través de algun ligero defecto, las bellezas de unas composiciones hechas de memoria y llenas, sin embargo, de ternura, de armonia y de verdadera inspiracion.

A vuestro influjo santo, Virgen pura,
En mi mente brotó la poesia:
Vos inundaiz mi vida de ventura
Conservando en el alma la alegría:
Si es tan feliz aquí la criatura
Con vuestra devocion, dulce María,
¡Qué será allá en la célica morada
Donde habitais de gloria circundada!

Perdonadme, Señora, si he osado
Elevar hasta vos mi voz obscura:
Vuestra bondad divina me ha inspirado
Este canto de amor y de ternura.
Ya que en vuestro loor lo he consagrado,
Y que es mi inspiracion vuestra hermosura,
Concededme la dicha y el consuelo
De poder admiraros en el cielo.

ELISA GALAN Y NAVARRO.

¡ADIOS A VALENCIA!

(Conclusion.)

Años há que abandoné sus muros, sus mujeres y sus flores.

Llevaba yo en mi corazon una cantidad excesiva de vida y me llamó Madrid, hermoso vampiro á quien yo amaba desde lejos.

Necesito interrumpirme á mí mismo con esta pregunta:

—¿Querias ser político ó filósofo?

Respondo:

Mi corazon tenia alas y quería volar: era un pájaro hermoso y feliz.

La política no me ha gustado jamás, porque una vez que pensé en ella, me permití algunas pequeñas blasfemias.

La filosofía enturbia el cristal de mi entendimiento, y otra vez que henchí de orgullo mi alma, dudé si dos y dos serian cuatro.

Me di, pues, á volar.

Mi fantasía, durante las primeras horas de viaje, arrostró un pequeño mundo de mujeres hermosas y un pedazo de cielo valenciano.

Al llegar á la Mancha, las mujeres quedaron sepultadas en la vil arena de aquellas llanuras y el pedazo de cielo rodó á los abismos.

De entonces á hoy han pasado algunos años.

Una comparacion.

Habéis visto el escaparate de un comerciante de juguetes de niños?

Sobre un ordenado monton de figuras caprichosas y pintorescas, campea la de un juguete de mayores dimensiones, que es el objeto mas brillante de la esposicion.

Así encima de la multitud de pensamientos que revoloteaban en mi alma, habia uno, el mas brillante y el de mas bulto, si me es lícita esta palabra.

El de volver á ver á Valencia.

Héme aquí ya.

Estas tres últimas palabras me las digo á mí mismo, por no turbar la justa indiferencia con que las acogerian los lectores del ANGEL DEL HOGAR.

III.

Es admirable la armonia del universo.

Un grano de arena no es menos necesario que una montaña.

Suprimid los granos de arena y la tierra desaparecerá.

La noche no es menos necesaria que el dia. Suprimid la noche: á qué llamareis dia?

Las cosas del mundo están tan concertadamente dispuestas, que viven unas de otras.

Suprimid el dolor: qué es entonces el placer?

Estas reflexiones me inducen á apuntar la siguiente noticia, que, sin ellas, no tendria valor.

Me voy de Valencia.

El alma no está solo dentro de la masa animal del individuo.

Yo tengo mi alma en muchos lugares que me son queridos.

¿El sol no distribuye su luz en el universo?

Pero una gran parte de mi alma está siempre en Valencia. Voy á viajar y necesito despedirme de esa parte de mí mismo.

Si yo fuera poeta, escribiria, á este propósito, una elegia, que empezara así:

¡Corred, corred mis lágrimas ardientes! etc.

Pero mi versos son muy malos y prefiero despedirme en prosa.

¡Adios, pues, ciudad encantadora!

Adios, alegres campanas de sus torres, flores hermosas de sus jardines, amoroso encanto de su cielo.

Adios, playa solemne, mar azulado, sobre cuya llanura he dilatado mi alma y he pensado en Dios.

Casa blanca, para mí de eterno recuerdo, arrullada por el ruido de la mar, que te respeten los rayos del cielo y los huracanes de la tierra.

Que sobre tí se posen las palomas de los contornos y sea el rocío del cielo la bendicion que Dios te envíe todas las mañanas.

Adios, hechiceras mujeres, por quienes un amigo mio ha pensado si el vivir será realmente una felicidad.

Si Gisbert me pidiera algun modelo, que trasladar á un cuadro, de una mujer, cuya contemplacion despertara dos ideas, la idea del ángel y de la bondad de Dios, yo le mostraria á una de vosotras.

Un tribunal podria decir á Gisbert: «No premio vuestro cuadro.»

Pero todos los hombres de la tierra pondrian una corona sobre la frente de Gisbert.

En este momento, oigo el silbido de la locomotora, y antes de subir al wagon, acabó de pintar en mi corazon un cuadro majestuoso.

Una locomotora está de rodillas delante de unos ojos negros.

Mariano Ponz.

EL VELO BLANCO.

POR

MADAME DE BOISGONTIER.

(Continuacion).

El autor de esta doble salvacion era un artista pintor, venido á las montañas de Auvernia por amor hácia aquellos pintorescos sitios: Madame de Mérande le saludó con afecto y le instó vivamente para que fuese á verlas al castillo. Mr. Roger no aceptó ni rehusó esta atencion; pero no la aprovechó, y sin una particularidad bastante notable, hubiera podido creerse, no que M. Roger habia dejado el país, porque no se le habia cesado de apercibir trepando las montañas nevadas, descendiendo los ásperos senderos, explorando el fondo de los antiguos cráteres; pero sí que habia olvidado completamente, no solo á las señoras de Mérande, sino hasta el acontecimiento que las habia traído un instante á su memoria.

La pequeña iglesia, donde la ahijada de Paulina habia sido bautizada, era una nave de un puro estilo gótico: era una joya debida á algun maestro del siglo xiv. Tanto como en el exterior la piedra habia sido trabajada, tanto como se



habia mostrado pródigo de puntas agudas y de blondas, el interior de los muros estaba desprovisto de ornamentos: así es que amando apasionadamente su iglesia, y no resolviéndose para la ejecucion de un proyecto que habia concebido á tocar al tesoro de los pobres, el cura de esta humilde parroquia, al saber que un artista se encontraba de paso en el país, le habia pedido un fresco para su altar, y M. Roger se habia puesto inmediatamente á la obra.

M. Roger tenia bosquejada una *Nuestra Señora de los Montes*, buscando alrededor de él la forma pura, bajo la cual queria representarla, cuando una mañana, la víspera misma del dia en que tuvo lugar la aventura del arroyo, M. Roger, errando de la montaña al valle, distinguió de repente sobre una cumbre árida y alumbrada por un radioso sol que nacia, á Mlle. de Mérande, que parecia contemplar con enagenamiento un paisaje cien veces admirado ya.

No fueron las facciones de Paulina ni su expresion de adorable bondad, lo que llamó la atencion de M. Roger: desde el lugar donde él se encontraba, no podia distinguir mas que el conjunto: pero este conjunto tenia tanta gracia casta, tanta elegancia, tanta pureza en las líneas, que llegó á dudar si alguna nube de azur, si algun rayo de oro habria depositado sobre la piedra el ser que así se le aparecia.

Al día siguiente, la realidad de su aparicion de la víspera le fué confirmada: vió el cortejo al volver de la iglesia, y bosquejaba rápidamente el perfil de la señorita de Mérande, en el momento de su caída en el agua en persecucion de su velo blanco.

Verdaderamente, en Auvernia, la belleza no es mas rara que en Arlés ó en Normandia, aunque sea diferente: el pueblo de Auvernia, lo mismo quieto pueblo de montañas y de valles, ofrece dos caracteres muy distintos: las gentes de abajo pequeñas y gruesas tienen las facciones bastas y la cabeza cuadrada de los bajos Bretones, en tanto que los montañeses tienen la talla elevada y nobles facciones; pero la belleza que buscaba Mr. Roger para su *Virgen de los Montes*, no era la de las magníficas Auvernesas; las hallaba demasiado terrestres, y hubieran podido servirle para representar á Junos ó Pallas, pero no á la dulce y Santa Madre de Cristo.

La señorita de Mérande, por el contrario, le ofrecia completamente el tipo de lo ideal que su imaginacion habia concebido: así es que las

facciones puras y delicadas de la jóven fueron ofrecidas, bajo la forma de la *Virgen de los Montes*, á los ojos embelesados de la pequeña poblacion de M... en un cuadro que se colocó sobre el altar mayor.

Las señoras de Mérande comprendieron entonces que si no habian visto al artista en el castillo, no era porque ellas se hubiesen separado absolutamente de su memoria.

Paulina misma, la ignorante niña, sacó una consecuencia que muy pronto la volvió pensativa.

Las grandes soledades elevan el alma, es cierto; pero tambien la predisponen á la exaltacion; la soledad engendra la novela; además de que toda jóven se muestra siempre demasiado dispuesta á crearse la suya, en el secreto de su corazon.

Al ver que el artista la habia elegido para representar á la Virgen divina, y constándole la fidelidad, con la cual él habia recordado sus facciones, Paulina no pudo evitar el sentir de repente cierta satisfaccion de amor propio: despues se dijo que, habiéndola visto apenas, era extraordinario que la hubiera recordado tan exactamente.

Sin embargo, no sospechando que una jóven y bella heredera le hubiera elegido por objeto de sus meditaciones, Mr. Roger habia vuelto á tomar el camino de París, y no volvió á pensar en la señorita de Mérande, mas que cuando, al llegar, tuvo que hojear el album donde se encontraba su perfil, con algunos bocetos de los paisajes de Auvernia.

III.

Las semanas se habian sucedido despues de estos diferentes acontecimientos: el momento de volver á París habia llegado, y Paulina, que se dejaba arrastrar por su imaginacion, no habia cesado de esperar una vuelta muy lejos del pensamiento de Mr. Roger: cuando decididamente le fué preciso renunciar á sus esperanzas, sintió una contrariedad de niña, que tomó por un verdadero dolor.

Llegó á persuadirse de que su corazon estaba herido de muerte: de que el solo hombre con el cual ella hubiera consentido en cambiar el nombre de Mérande, era el de Mr. Roger, y que pues la ocasion de efectuar este cambio no se le ofrecia, ella no se casaria jamás! y mientras que su cerebro de diez y ocho años estaba forjándose sueños, y prosiguiendo su tema novelesco,

pensaba nada menos que en pedir la autorización de edificar un convento al lado de la pequeña iglesia donde se encontraba la obra de Mr. Roger, y encerrarse en él para siempre.

Cuando este proyecto fué comunicado á madame de Mérande, esta tomó entre sus manos la cabeza de su hija, la besó en la frente, sonriéndose con ternura y la hizo sentar á su lado.

— Hija mía, le dijo, ¿qué pensarías tú del que te ofreciera una rosa por la sencilla razón de que otra persona no la hubiera querido? ciertas almas, que se dan á Dios, me hacen el efecto de esta rosa rehusada: yo no pienso que sea con esas disposiciones, como se debe entrar en la vida religiosa: son necesarias ideas mas altas, y una vocación mas positiva; es preciso, sobre todo, un alma libre! tú tienes diez y ocho años: si dentro de otros tres, tus deseos son los mismos, yo te secundaré en su cumplimiento, te lo prometo! de aquí á entonces, dejaremos á tu existencia que se deslice como en lo pasado.

Al espresarse así, madame de Mérande no descubría á su hija todo su pensamiento; dejaba en la sombra mil y mil reflexiones sobre la posición honorífica de algunos artistas en el mundo; sobre las bellas fortunas de muchos de ellos; sobre las maneras distinguidas que parecía poseer Mr. Roger; verdaderamente, apenas le habia entrevisto, pero en el modo de saludar de un hombre, se reconoce su educación: y ningún marqués de los tiempos pasados hubiera saludado con mas cortesía, que lo habia hecho Mr. Roger al devolver el velo de Paulina. En fin, madame de Mérande se decia aun, absteniéndose de despertar en su hija una esperanza que podia no realizarse, que si una casualidad, á la que ella pensaba ayudar un poco, volvía á Roger á su presencia, no seria absolutamente imposible que esta vez sus relaciones llegasen á algo mas que á simples cortesías.

La casualidad, que madame de Mérande consentia en secundar, se presentó hácia el fin de aquel mismo invierno, y sin que esta señora pusiese algo de su parte para hacerla llegar.

En el último baile que dió el Prefecto del Sena, las señoras de Mérande y Mr. Roger se hallaron de frente: un rigodon bailado con Paulina, donde fué grandemente elogiado el hermoso país de Auvernia, sus fugitivos y pequeños arroyos, y sus riberas escarpadas, llevó á monsieur Roger á explicar á madame de Mérande, cómo un asunto imprevisto le habia hecho volver á París repentinamente, sin que hubiera

podido aprovecharse de la amable libertad, que le habia sido otorgada, para presentarse en el castillo: pero que si madame de Mérande lo permitía, él tendria en París el honor de ir á espresarles su pesar.

Es de suponer que Mme. de Mérande lo permitió: y la imaginación activa y entusiasta de la señorita de Mérande volvió á tender su vuelo.

Se formaba en esta época en París una sociedad en la que todas las jóvenes solicitaban vivamente ser admitidas.

Una dama habia tenido una feliz idea y era la fundadora: Mme. de Lestang habia hecho reflexiones muy serias acerca de la antipatía de las jóvenes hácia la *costura* propiamente dicha, y hácia el modesto zurcido tan necesario en una casa bien ordenada: habia visto maravillas de tapicería nacer debajo de bonitos dedos femeninos, pero, si hablaba de *remiendos* á algunas señoras amigas suyas, estas se reian mucho, y pretendian que tal labor era cosa de sus doncellas.

Mme. de Lestang se empeñó en llevar á todas las jóvenes bajo su dominio y en hacerles implorar, como un supremo favor, la gracia de confeccionar camisitas para los niños pobres, con las suyas usadas de zurcir sus medias, de arreglar, enaguas, sábanas y almohadas, con la paciencia y maestría que exige hoy, que tan cara está la vida, la economía de una familia dilatada, y que cuenta con pocos haberes.

Mme. de Lestang, joven aun y viuda, gozaba de su modesta renta del modo que sabe hacerlo una mujer bella, distinguida y espiritual: amable y elegante, se interesaba mucho por la educación de las jóvenes, y decia que habria mas felicidad y paz en las familias si esta fuese mas sólida, mas humilde y mas cristiana.

Habitaba cerca del Luxembourg el piso bajo de una linda casa, cuyo salon espacioso y alegre daba al jardín: reunió en él todos esos libros agradables que ama la juventud. Adornó las paredes con cuadros frescos y pastoriles, ocupando el testero principal con una hermosa imagen de la Virgen para que presidiese sus reuniones, y preparó ademas un surtido completo de dedales, y de tijeras, hilo para coser, y algodón para zurcir á fin de entretener las delicadas y lindas manos de sus alumnas, hasta entonces ocupadas solo en tocar el piano y hacer cada día tres ó cuatro puntadas en un bordado: preparado esto, se envió á todas las casas donde habia jóvenes de doce á diez y nueve años la circular siguiente:

«El jueves, desde las doce á las cuatro, mándame de Lestang estará en su casa.»

«Se remendará y se leerá.»

«Un poco de baile terminará la sesión.»

(Traducción).

(Se concluirá).

Maria del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Billetes falsos.—Un incendio.—Un vuelco.—Una cuerda.—
El cólera.—Lluvia.—Truenos.

Fuerza será que mis lectoras observen conmigo lo que sucede en este pícaro mundo, por no decir en Madrid.

Hay un amigo falso que nos hace traicion, y esto lo llevamos con paciencia. Hay un falso testimonio que se nos levanta amenazador y miserable para hacernos daño, y le sufrimos con ejemplar calma. Hay una mujer falsa que nos vende y nos engaña, y el amor nos obliga á tolerar tamaña falsía.

Pero se [presenta á nuestros ojos un billete falso, y entonces no hay medio de que le tengamos un instante á nuestro lado. En cuanto le conocemos, le echamos noramala, como quien dice: ¡adios mi dinero!

Entiéndase que estoy hablando de billetes del Banco.

Y ahora, dígame el curioso lector, ó lectora, si un billete falso, disfrazado de billete de bien, es capaz de ponernos en el disparadero, qué sucederá cuando se presenten en la plaza dos ó tres mil por el estilo?

Sucedirá lo que todos sabemos hace ocho días; que el Banco se pondrá en guardia, los comerciantes abrirán tanto ojo, el público dirá ¡hola!, y las víctimas del engaño acusarán al supuesto autor del atentado.

Después de lo cual, con decir á Vds. que en la cárcel del Saladero hay un cambiante de monedas, y en la puerta del Banco un billete colgado para escarmiento de pícaros, quedarán perfectamente enterados de que en Madrid ha habido un conato de estafa que los tribunales castigarán como deben.

Vamos andando. La primera noticia de esta *Revista*, ha sido una falsificación. La segunda es un incendio.

Siempre he creído que los fuegos artificiales tenían segunda intención, por lo mismo que no son naturales y sencillos. Por eso prefiero los

fuegos *fátuos*, que como son los fuegos mas tontos de todos, no llevan malicia.

La otra noche, á ciencia y paciencia de cinco mil espectadores, salió un cohete de la plaza del teatro de los Campos Elíseos. Un cohete que de fijo no sabia lo que hacia, porque la verdad es que salió *disparado*. Consecuencia de esta salida brusca, fué caer sobre el toldo del salon de conciertos. Cate V. el toldo destruido. El respetable público tuvo un doble espectáculo que presenciar, y hubo gentes que aplaudieron, como siempre que ven que alguno se quema.

Continuemos. La tercera noticia que fraigo en la cartera, es un vuelco. Como se vé, la conversacion se va animando. Sucedió, pues, que la compañía ecuestre del Circo del Príncipe Alfonso tuvo la feliz ocurrencia de trabajar en la Plaza de toros una tarde. Y sucedió mas, sucedió que al ofrecer al público el espectáculo de *la gran carrera de carros romanos*, (estos carros son madrileños, por supuesto) tropezaron y cayeron los que guiaba Mr. Francony, que se sostuvo, á pesar de esto, dentro del carro que guiaba. Asustados sin duda los caballos del vehículo que venia detrás, dieron á correr como si la cosa lo mereciera. Francony se arroja al suelo, detiene á los corceles valerosos... resuena un grito de júbilo... ¡oh, placer! ¡los ginetes se han salvado! Mr. Francony tiene todavía en un brazo las señales de aquella triste jornada. Dos caballos se han inutilizado, pero esto, segun la *Correspondencia*, es una fortuna.

Cuarta noticia. Ahora se trata de un ahorcado futuro. ¿Ven Vds. como con poco trabajo se puede dar amenidad á una revista?

Cuéntase que una jóven anglo-americana ha fabricado una cuerda para el uso particular de Jefferon-Davis, presidente de la república del Sur. Parece que dicha apreciable jóven envió la cuerda al presidente de la república del Norte, con una carta en que le decia.—«Os remito esa cuerda que yo misma he fabricado, para Davis. Tened la bondad de ahorcarle.» Aprendan ¡las mujeres españolas á tener patriotismo. Lo que acaba de hacer esa jóven es un rasgo... casi, casi un rasguño.

Continuemos. Quereis otra noticia que forme *pendant* con las que llevo escritas? Pues bien, hablemos del cólera.

Habreis oido decir que el cólera se acerca á pasos agigantados, que en Italia ha habido varios casos, y en Gibraltar uno, y en Valencia, y en...

Sí, en efecto; hay muchos casos de cólera. Lo sé por experiencia. Yo me encolerizo todos los días por la menor cosa.

Por último, noticia grave, gravísima, de trascendencia suma. No tengo mas que copiarla de un periódico noticiero que la publica todos los días con ligeras variantes. Héla aquí.

«Por despachos telegráficos recibidos en Madrid, se sabe que ayer ha llovido en Leon, Lérida, Logroño, Lugo, Pontevedra, Tarragona, Pinto y Vallecas.»

Nada digo de los truenos, porque eso, lectoras amables, es cuestión particular entre vosotras y vuestros novios.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURÍN.

Trages de estio.

FIGURA PRIMERA. Vestido de tela de seda de la india (tegido ligero) color de maiz tostado: la falda está sencillamente adornada, en su parte inferior, por cuatro terciopelos negros, sembrados de cuentecitas de paja brillantada.

Cuerpo de muselina blanca, sujeto con un coselete bearnés, de la misma tela de la falda, adornado, en el borde superior, con un terciopelo, bordado como el de la falda, con cuentas de paja.

Paletot *Basquine* de la tela del vestido, flojo, pero marcando el talle: esta confección está guarnecida, en su parte inferior, por tres terciopelos adornados de cuentas de paja: los bolsillos están señalados por dos cintas iguales y otras dos guarnecen la parte inferior de las mangas, un poco abiertas en la costura del codo, y adornadas en esta por botones de paja con colgantes; otros dos terciopelos guarnecen el escote del paletot: las hombreras están formadas por dos terciopelos, una fila de cascabelitos de paja, y varios bucles de terciopelo, cuyas puntas están recortadas en picos.

Dos botones con colgantes y algunos bucles de terciopelo, que terminan en dos cabos, señalando el talle por detrás.

Peinado de trenzas sujetas por un peine de oro, con gran vuelta, y pequeños bandós ondados desde la frente.

El objeto de adornar los trajes con botones y cascabelillos de paja, es el de la sencillez y co-

modidad: para las orillas del mar, son inútiles completamente los ornamentos dorados, de platina ó de acero, pues las emanaciones salubres oxidan todos los metales, excepto el oro fino: la sencillez es además la primera condición de la elegancia en la estación de tomar las aguas ó baños de mar, y el glasé, los encajes y telas caras están absolutamente proscritos.

El lindo modelo, que acabamos de describir, presenta un tipo, lleno de frescura, y exento de pretensiones: es igualmente propio para señora joven que para señorita, y sirve para visitar de confianza los pintorescos caseríos de nuestras provincias, para recibir, suprimiendo el paletot, y para paseo, añadiéndole un sombrero.

FIGURA SEGUNDA. Vestido de foulard blanco con lunares azul claro: el borde está guarnecido con un grueso cordón de seda azul, y en cada uno de los paños de la falda, hay figurada una hoja de trébol, con un cordón mas delgado.

Cuerpo alto y liso, cerrado con botones azules de seda.

Mangas ajustadas con cordón al borde, y hojas de trébol: las hombreras las forman lazadas de cordón con borlitas.

Segundo vestido compuesto de falda y coselete milanés, cortado de una sola pieza, de foulard listado al través, azul y blanco.

El borde está adornado por otro cordón de seda azul, lo mismo que el borde del coselete: este se abrocha en los costados con cordones de seda, descendiendo del derecho en largos cabos, que levantan la falda listada, y la retienen con unas lazadas, que terminan en cabos con borlas.

Cuello y puños lisos.

Sombrero de paja de Italia, de copa redonda y baja, adornado de una larga pluma blanca, sostenida por un lazo de cinta azul, que da la vuelta á la copa y desciende por la espalda en largos cabos.

Chal de glasé negro guarnecido de encajes. Guantes claros de piel de Suecia.

Este traje, en extremo elegante y esmerado, es propio para pasear en carruaje abierto, y á propósito para señorita: se puede hacer también en gasa de Chambéry en vez de hacerlo de foulard.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARIA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.



LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journaux de Modes réunis

Ayuntamiento de Madrid
On s'abonne au Bureau, rue St. Anne, 64 à Paris.